AAP0078
199102

LITERATURA Y LINGÜÍSTICA Nº 5 (1992): 233-256

EXPERIENCIAS DE UN LINGÜISTA-LITERATO (O LITERATO-LINGÜISTA)

ANDRÉS GALLARDO nació en 1941, en Santiago de Chile. Profesor de Castellano (Universidad Católica de Chile, 1966) y Doctor en Lingüística (Universidad del Estado de Nueva York, Buffalo, 1980). Hizo, además, estudios libres en la Universidad de Chile y con el Dr. Ambrosio Rabanales, estudios de Doctorado en la Universidad Central de Madrid, estudios de Lingüística en el Instituto de Verano de la Linguistic Society of America, en la Universidad de Michigan. Ha trabajado como profesor de lingüística y gramática castellana en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Chile (hasta 1973), y en la Universidad de Concepción (desde 1979), donde se desempeña en la actualidad. En esta universidad, donde ha enseñado lingüística, gramática, historia de la lengua española, sociolingüística y semiología (en el programa de Magister), ha dirigido la revista RLA Revista de Lingüística Teórica y Aplicada *(1979-1989), el Departamento de Español (1989-1990) y la Dirección de Extensión (desde 1990). Ha sido Presidente de la Sociedad Chilena de Lingüística. Es casado y padre de dos hijos.*

Su trabajo como escritor se reparte entre la literatura y la lingüística. Entre sus obras literarias, están Historia de la Literatura y otros cuentos *(Concepción, 1982),* Cátedras paralelas, *novela (Concepción, Lar, 1985),* La nueva provincia, *novela (México; Fondo de Cultura Económica, 1987),* Obituario, *relatos (Santiago/México, Fondo de Cultura Económica, 1989). Entre sus numerosos trabajos lingüísticos sobresalen los dedicados a temas de morfología castellana, sociolingüística (problemas de estandarización y cultura del idioma) y planificación lingüística (especialmente el problema del desarrollo de la escritura en lenguas vernáculas).*

1. ¿Podrías hacer una reseña de tu obra lingüística y novelística?

Como casi todos los jóvenes que ingresan a estudiar castellano, yo lo hice porque tenía un interés vago, pero decidido por la literatura, y el único lugar donde la literatura era central era en pedagogía en castellano. Me titulé de profesor sin que se me aclarara todavía demasiado el panorama profesional, pero sí con la convicción de que la literatura seguía siendo el núcleo de interés que me concitaba. Luego en España, decepcionado por el tipo de enfoques con que se trabajaba en literatura, encontré que en el campo de la lingüística podía hallar, paradójicamente, un alero más sólido. Ahí empecé a estudiar. La toma de conciencia del sentido de la lengua en nuestro sistema cultural y en nuestro sistema cognitivo fue para mí algo básico, porque seguía siendo escritor. Y sigo siéndolo, como vas a ver. Escritor y lingüista.

Comencé escribiendo trabajos de gramática castellana, específicamente de morfología. Más tarde, he seguido escribiendo sobre temas morfológicos: los diminutivos, la organización gramatical de los nombres de colores, el plural. Todavía hoy me sigue apasionando el problema del sentido de las categorías gramaticales. No abandono la ilusión de volver sobre el aparentemente agotado tema del género. Después, en Estados Unidos, me empecé a interesar en la dimensión cultural del lenguaje. De este tema me atrevo a decir que he hecho una dedicación profesional. He trabajado, y estoy lejos de terminar, el asunto de la identidad lingüístico-cultural de las Américas, y dentro de esto, la manera como los escritores han asumido una cultura del idioma. Me he metido en la obra del norteamericano Noah Webster, y entre los nuestros, de Andrés Bello, José Victorino Lastarria, Rubén Darío, Gabriela Mistral, Pablo Neruda. La teoría del idioma estándar, que debo a mi contacto con Paul Garvin, me ha sido guía, y me ha permitido incursionar en el problema de la intervención en el desarrollo lingüístico cultural, o sea, en la planificación lingüística. Así, gracias a la paciencia de Adalberto Salas, he armado algunas cosas tomando como punto de partida la situación de los mapuches, sobre todo en lo que se refiere al desarrollo de la escritura en una lengua vernácula. Otra área que me interesa muchísimo es la lexicografía, donde tengo algunos proyectos.

Mi carrera como escritor también, y voy a insistir más de una vez en ello, arranca de mi toma de conciencia del sentido de la lengua en nuestra vida cultural. Concibo el trabajo literario, especialmente la narración, como una actividad equidistante de la ciencia (por lo que tiene de búsqueda y descubrimiento metódico), del juego (por su capacidad de bastarse a sí mismo, sin necesitar de otras justificaciones), y con el sueño (por su lógica tan compleja que nos desvela). Me place instalarme como escritor chileno que parte de la tradición narrativa chilena. Los proyectos de nuestros viejos novelistas siguen vigentes, es sólo cosa de tomarlos en serio sin

tomarse demasiado en serio uno mismo. El anhelo de descolonización de Rudyard Kipling es plenamente aplicable a la literatura nuestra. Nuestros escritores, de modo tan maniqueo como nuestros políticos, o han caído en la rebeldía infantil de Lastarria -*"nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia"*-, o han repicado al son de cualquiera campana que sonara con algún atractivo, reescribiendo aguadas novelas francesas, rusas, inglesas, norteamericanas, dándole la razón al que quiere que el nativo actúe como nativo, según lo ve el colonizador (lo que quiero decir es que más de un escritor *"americano"* ha conseguido cierta visibilidad mirándose a sí mismo -mirándonos- con ojos coloniales, lo que ahora llaman la mirada del vencedor, sin siquiera ser vencido).

He publicado dos libros de cuentos: **Historia de la literatura y otros cuentos** (Concepción, 1982), y **Obituario** (Santiago/México: Fondo de Cultura Económica, 1989). En el primero me revuelvo en la obsesión del literato cuyo tema recurrente son los literatos y la literatura; en el segundo abordo el asunto de la muerte y los muertos. Dos novelas: **Cátedras paralelas** (Concepción, Lar, 1985), y La nueva provincia (México, Fondo de Cultura Económica, 1987). En la primera me planteo el tema de la indefensión absoluta del intelectual en el régimen pasado, y en la segunda, vuelvo sobre el antiguo tópico de la identidad provinciana.

2. ¿Eres un lingüista que hace novelas o un novelista que estudia el lenguaje?

Me disgusta y me gusta mucho que me preguntes eso. Me disgusta, porque detrás de la pregunta suele haber la creencia -ya sé que no es tu caso- de que existe una oposición entre la actividad académica, la investigación, por un lado, y la actividad artística, la creación, por otro. Sabemos que no hay nada de eso. Me gusta la pregunta, porque me permite decir que entre una novela y un *"paper"* lingüístico no veo mucha diferencia. Son dos aspectos de la misma cosa. A lo mejor, la única diferencia está en la aparente "realidad" de los datos, y digo aparente, porque en todo trabajo intelectual hay que ser respetuoso de los datos y coherente con ellos. La capacidad de asombrarse, de preguntarse, y de actuar en consecuencia, es una sola. Concretamente, si soy lingüista es porque me interesa el lenguaje al extremo de comprometerme profesionalmente. Tomar conciencia de la lengua lleva a plantearse el problema de la propia capacidad expresiva. Por otro lado, una novela es un acto de descubrimiento, un proyecto de investigación, que tiene como instrumento privilegiado la lengua. Lo que quiero decir es que en un trabajo lingüístico me entrego por entero y trato de extremar mi capacidad expresiva y mi capacidad creativa y encima me entretengo enormemente trabajando. En una novela tomo en serio eso de la educación

descriptiva y de la seriedad metodológica y la sistematicidad y la solidez teórica y también me entretengo desaforadamente escribiéndola.

3. ¿Por qué y para qué escribes?

No lo tengo demasiado claro; a veces, al ir escribiendo siento que se me va aclarando, pero se me vuelve a nublar el panorama cuando termino lo que estoy haciendo. Yo sé que no es muy original decirlo: escribo porque tengo que hacerlo. Escribo para que ciertas cosas que están confusas tomen una cierta forma, porque tengo conciencia de lo que es un texto, una construcción que tiene un sentido como tal y debo trabajar para que asuma su sentido.

4. ¿Cuáles son tus intereses como lingüista?

Mis intereses como lingüista profesional son bastante amplios. En términos generales, me importa el problema de la estructura y función básica del lenguaje, pero no en una particular perspectiva teórica. Por eso no he logrado encajar en una escuela dada. Específicamente, me he interesado por el problema de la dimensión cultural de la lengua, lo que me gusta llamar una lingüística de la cultura, cercana a la sociolingüística y a la lingüística antropológica, pero no igual. He investigado el modo cómo nuestros intelectuales han asumido una identidad cultural idiomática. También me ha interesado el problema de cómo se interviene en la dinámica de una comunidad hablante, lo que llamamos planificación lingüística, formal e informal. Y nunca dejo de lado una vieja afición a la gramática, sobre todo a la morfología castellana, donde todavía me quedan algunas cosas por hacer.

5. ¿En qué estás trabajando en estos momentos en tus dos campos y qué piensas hacer en el futuro?

En este momento, estoy en una especie de paréntesis. He tenido que asumir funciones nuevas en la Universidad de Concepción, como es la Dirección de Exten-

sión Cultural, lo cual me quita casi todo el tiempo y casi todas las energías, aunque por cierto es un desafío válido que acepto gustoso. Aun así, de repente me salen algunos borrones y me he puesto a reformular algunos capítulos de una novela que me gusta y que, por ahora, se llama **La ciencia de las mujeres.** Como lingüista estoy de vacaciones.

6. ¿Cuál es tu aporte a la narrativa hispanoamericana?

Prefiero decir más modestamente en la narrativa chilena. Y aquí quiero dejar de ser modesto. Yo diría que los narradores chilenos, talentosos y todo, tremendamente conscientes de su responsabilidad socio-cultural, no le han dado la importancia que tiene a la lengua misma y, en términos generales, no se caracterizan por la creatividad idiomática, en el sentido de extremar la capacidad expresiva de la lengua. Pedirle a un escritor chileno que aprenda gramática y que tome conciencia de la estructura de su lengua, que tome conciencia de los tipos uso, de las formas de normatividad, es lo mismo que insultarlos. Por otro lado, nuestros narradores han sido siempre demasiado tremendistas, negándose a aceptar que una novela no es más que una novela. Yo trato de escribir simplemente novelas a partir del lenguaje. Yo quiero ser un novelista chileno que extrema la lengua castellana. Es posible que eso sea un aporte.

7. ¿Qué influencias reconoces en tu obra?

Muchas y muy variadas. Desde luego, me gusta dejarme influir por la vieja literatura nuestra. Me gusta saquear a Miguel de Cervantes cada vez que se tercia. me gusta tomar pasajes de **La Araucana** y armar pedazos de cuentos o novelas. Me gusta pensar en las grandes novelas de los franceses y rusos decimonónicos (y agregar a Blest Gana a la lista), para no olvidarme de que una novela es una construcción que exige materiales sólidos. Me gusta dejarme influir por los poetas, que son los únicos que saben escribir de verdad en castellano. Yo leo a Fray Luis de León, a Antonio Machado, a César Vallejo y a Pablo Neruda, casi religiosamente, todos los años (y estoy pensando en agregar a Jorge Guillén a esta lista). Me molesta descubrir que a cada paso estoy reescribiendo cosas de los viejos criollistas chilenos, que en cada línea estoy copiando líneas de Camilo José Cela y de Jorge Luis Borges. No me

molesta descubrir que muchas veces lo que yo escribo ya lo han escrito otros chilenos de ahora. Y tengo conciencia de otro tipo de influencias, como es la de los textos de lingüística, de antropología, de ciencias sociales, que crean la costumbre de un discurso más bien intelectualizado y dotado de coherencia. A veces, hasta me doy cuenta de que construyo un cuento o un pasaje claramente organizándolo como si se tratara de un trabajo de investigación.

8. ¿Por qué eres tan desconocido en la prensa chilena?

Gracias. Da gusto que los amigos lo alienten a uno.

Cuando se dice que Santiago es Chile se dice una tontería, pero se dice una verdad. Yo soy harto desconocido en Chile. Yo me he asumido como un escritor de provincia (que no es lo mismo que un escritor para la provincia). Si vas a Concepción o a Chillán y preguntas por mí, vas a recibir algunas maldiciones, algunas movidas incómodas de cabeza, algunas palabras amables. Dentro de lo que puede serlo un escritor, por estos lados soy moderadamente conocido, leído y comentado. No me quejo de la recepción de mis trabajos en Santiago, pues mal no me han tratado. Estoy, eso sí, absolutamente fuera del circuito social de la literatura santiaguina. Y por lo general no me desvelo.

9. ¿Cuál es tu visión de la narrativa y de la lingüística chilena actual?

Aquí sí que hay que separar las cosas. Los literatos y los lingüistas andan cada uno por su lado; a veces ni se saludan y casi siempre desconfían unos de otros. Por eso yo resulto un bicho raro y mis colegas lingüistas me dicen literato cuando mis artículos les parecen raros o, cosa que sucede muy a lo lejos, cuando se enojan conmigo, y los amigos literatos me dicen lingüista cuando no se atreven a decirme que no les gusta lo que yo escribo. Aun así, literatos y lingüistas chilenos tienen algo en común, que es su insularidad provinciana: son enfermizamente inseguros de sí mismos y de la validez de su tradición; sienten una picazón desaforada por estar al tanto de las tendencias internacionales, por estar al día. Hay que hacer artículos de lingüística según el último grito lanzado en Estados Unidos; ya no basta con citar *"papers"* del año: ahora hay que citar trabajos de lingüistas famosos dejando constancia que están "por aparecer". Entre los literatos es la misma cosa. Las novelas chilenas tienen que

parecerse, y hasta tienen que dejar constancia textual de ello, a la última novela que dio que hablar en el **New York Times Book Review**; decir que uno todavía lee **La Vorágine**, a no ser que se diga con su qué, es muy mal visto. Bueno: yo no estoy en eso. Yo no tengo nada contra don Andrés Bello o contra Pedro Prado; al revés, me gusta mucho leer esas cosas que asumo como mías. En esta actitud acomplejada, nuestros lingüistas y nuestros literatos llegan al extremo de ningunearse mutuamente. He visto artículos chilenos sobre temas de gramática castellana que hacen cuestión de no citar ningún otro artículo chileno, llevando y trayendo artículos de lingüistas norteamericanos (y esporádicamente europeos), como si se tratara realmente de diálogo y no de melancólico monólogo provinciano. No hay conciencia de comunidad científica. Entre los literatos hay muy poca voluntad de construir juntos una expresión sólida reconocible. Para un literato chileno reconocer filiación en otro literato chileno -por razones literarias- es de pésimo gusto.

-- Hay algunos aspectos del desarrollo presente de la lingüística chilena que no me convencen, que incluso me inquietan. Las influencias foráneas llegan desdibujadas y se desdibujan más al ser incorporadas en este medio que, mal que mal, tiene sus tradiciones. Así, el trabajo de lingüista nuestro se está pareciendo más y más a la gasfitería. Sobre todo a los jóvenes, se les enseña a manipular un par de cositas y las manipulan sin gracia, sin peso cultural, pero con mucha terminología llamativa que no encierra nociones sólidas reales, y a eso se le quiere llamar ciencia, por cierto que hablar en términos vagos y engolados tampoco es sano, pero no exageremos. La lingüística ha sido, y es bueno que siga siéndolo, una ciencia social (ni siquiera estoy hablando de las humanidades tradicionales), y como tal tiene que tener una clara y explícita inserción cultural. Entre los narradores hay una tendencia que también es inquietante. Muchos novelistas, sobre todo los más jóvenes, han leído unos cuantos textos de teoría literaria y en nombre de esos textos hacen sus novelas. Esto, sumado al tremendismo tradicional de que hablé antes, puede producir resultados espantosos. La novela es novela y no hay que pedirle que sea otras cosas. Bueno, sin exagerar, digo yo.

No se vaya a creer que pienso que nuestros lingüistas y nuestros literatos son una tropa de ineptos, de ignorantes, de oportunistas. Ni mucho menos. En general, son inteligentes y buenas personas. Muchos de ellos, quizá la mayoría, son hasta amigos míos. Yo los leo a casi todos y me gusta hacerlo, y a veces aprendo mucho. Yo no tengo tiempo ni ganas de leer cosas de sicolingüística, de teoría semántica o sintáctica o pragmática, de neurolingüística computacional, de fonética acústica, de aprendizaje de lenguas, de fonología de lenguas indoamericanas. Entonces leo las cosas que escriben sobre esos temas mis amigos lingüistas chilenos y aprendo montones. Yo me entero de las nuevas tendencias que van apareciendo en la narrativa contemporánea leyendo las novelas de los novelistas chilenos y así me mantengo al

día y mantengo la buena amistad con los amigos novelistas, pues puedo hablarles con conocimiento de causa de sus propias novelas, cosa que siempre les gusta mucho.

ANTOLOGIA MINIMA

De OBITUARIO
Santiago, México, FCE, 1987:

LA HUELLA DEL LIBRO, 1

LA MEMORIA PERTINAZ

Cuando Herminio Labraña Duarte entró en la biblioteca de la Escuela Normal de Victoria, sufrió una impresión que marcó su vida. Viendo tanto estante donde se acumulaba tanto libro entendió que jamás iba a poder leerlos todos y ahí mismo se propuso un plan de lectura selectiva, dejando de lado todo afán abarcador. Pronto se dio cuenta de que no iba a alcanzar a leer todas las novelas de la biblioteca. Entonces optó por un plan drástico de lectura en profundidad, y fue que decidió leer un solo libro. El elegido fue **El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.** Durante cuarenta años, en la tranquilidad de Curacautín, don Herminio memorizó capítulo tras capítulo de **El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,** sin darse tiempo para otras actividades. Sólo al llegar a la última página, don Herminio algo presintió. Esto lo sabemos porque su señora lo encontró, inclinado sobre el libro abierto, sosteniendo todavía en la mano crispada el lápiz rojo con que había subrayado el párrafo de la dedicatoria de la Segunda Parte donde Miguel de Cervantes promete al Conde de Lemos una extensa novela de aventuras que se llamaría **Los Trabajos de Persiles y Segismunda.**

LA HUELLA DEL LIBRO, 2

LA SÚBITA RECONSIDERACIÓN

El hecho es que Adalberto Mendoza dijo *'me carga el Quijote'* y, consciente de su contradicción, dijo *'no pienso leerlo'*, lo que podría haberse tomado como rebeldía juvenil si no fuera porque Adalberto ya estaba bien maduro, ya era bien conocido como profesor de literatura en la Universidad de Georgetown y seguía diciendo *'me carga el Quijote'*, diciendo *'no pienso leerlo'*, de modo, en último término, majadero, porque ¿a quién le importaba demasiado?, fuera de que también se dice que no hay que decir *'de esta agua no beberé'*; y si no que lo diga el propio Adalberto, desesperado, leyendo a mata caballo, en voz alta para estar más seguro, hasta que la voz se le quebró sin remedio apenas en el capítulo undécimo de la primera parte, ahí donde Don Quijote evoca ante los atentos cabreros la edad dorada aquella, mientras Sancho callaba y comía bellotas.

LA HUELLA DEL LIBRO, 3

LA COLECCIÓN

A propósito de Don Quijote, recordamos a don Amancio Garay Barría, natural de Curaco de Vélez, quien siendo casi un niño empezó a juntar ediciones de **El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha** con la esperanza de leer alguna algún día; *'algún día estaré preparado para leer este monumento literario'*, decía don Amancio, y seguía coleccionando ediciones de **El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.** Sólo dejó de coleccionarlas a raíz de su sensible fallecimiento. Resulta inexplicablemente triste anotar que don Amancio Garay Barría falleció sin haberse creído digno de leer ninguna de sus ediciones de **El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.**

LA HUELLA DEL LIBRO, 4

LA LECTURA PÓSTUMA

Digno de mencionarse el caso de don Lizardo Barría, natural de Chonchi, quien fue más allá que su pariente de Curaco de Vélez don Amancio Barría en lo que concierne a planificación lectora. Don Lizardo tomó un día un ejemplar bien empas-

tado de **El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,** dijo *'esta será mi lectura póstuma'* y se dedicó a otras lecturas, a otras urgencias.

Pasó el tiempo. Llegó el momento de la muerte. Don Lizardo, hombre justo y entero, la recibió con dignidad. Tomó su libro, dijo, *'ahora, a leer con calma'*, expiró tan campante y dejó a sus deudos sumidos en sentimientos encontrados.

LA HUELLA DEL LIBRO, 5

PARÁBOLA DE LA LITERATURA, LA LOCURA, LA CORDURA Y LA VENTURA

Cierto hidalgo cincuentón dio en el más extraño pensamiento en que jamás dio hidalgo alguno en Ñipas, y fue que un día amaneció tan tranquilo diciendo que él era don Quijote de la Mancha y, en efecto, se puso a hacer y decir las cosas que hacía y decía don Quijote de la Mancha (eso sí que solo, pues parece que Ñipas no daba para Sancho Panza). Pasó el tiempo e inevitablemente llegó la hora de la muerte y de la cordura. El hidalgo cayó en un profundo sueño y al despertar dijo *'bueno, se acabó, ya no hay don Quijote; yo soy Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno'*, después de lo cual se sumió en otro sueño. Pronto despertó; esta vez dijo *'basta de locura, yo soy Ignacio Rodríguez Almonacid y no hay más leña que la que arde'* y cayó nuevamente en profundo sopor. Al cabo de una horas despertó como asombrado, miró alrededor, dijo *'después de todo, quién es uno'* y ahora sí que cayó en un sueño definitivo, dejando alterado para siempre el concepto de identidad personal en Ñipas.

ÚLTIMAS PALABRAS, 2

LA SOLEMNIDAD INTERVENIDA

De alguna manera, don Joaquín Limonado Olmos de Aguilera captó que había llegado el momento: frente a él cuajaba, nítido, el artículo de la muerte. Don Joaquín estaba preparado; se acomodó un poco, cruzó las manos sobre el pecho, abrió los ojos lo más que pudo, miró alrededor. Estaban todos. Don Joaquín, entonces, dijo *'luz más luz'*, sabiendo que eran unas últimas palabras estupendas, que todos estarían emocionados. En eso doña Bertita, que no tenía puestos los audífonos, preguntó *'¿cómo?, ¿qué dijo?'*. Don Joaquín, que había sido siempre un hombre tolerante, repitió en voz más alta, claro que con un dejo de impaciencia, *'luz, más luz'*. Doña Ber-

tita se puso algo ansiosa. Preguntó *'¿cómo dijo?'*. Don Joaquín, que ya no tenía tiempo, dijo *'ándate a la cresta'*. Doña Bertita iba a preguntar algo, cuando vio que no sacaba nada.

De CÁTEDRAS PARALELAS. Concepción, Lar 1985

El sobre se veía un sobre blanco común y corriente, pero estaba claro que se trataba de un sobre azul. Las cartas no se distribuyen mediante empleadillos compungidos que luego tienen que dar la seguridad de haber notado la mirada tensa del destinatario, de haber percibido el indudable temblor de la mano; las cartas pueden y deben correr la aventura sin emoción del correo. Rojitas recibió el sobre sin ahondar en la cara vagamente familiar del empleado, firmó el recibo con su propia lapicera y casi como quien da propina enunció un vago agradecimiento. Era un sobre azul, sin duda alguna. La certidumbre de que se trataba de un sobre azul oscurecía la normal extrañeza que debería haberle producido recibirlo sin que hubiera habido ninguna razón especial, ningún rumor, ninguna alusión velada. ¿Cuántos sobres azules habría habido? En un acto de casi impensada dignidad, Rojitas tiró el sobre azul sobre el escritorio para que se confundiera con los otros papeles como si se tratara de la cuenta del agua. Luego almorzó, durmió la siesta, hizo como que leía durante media hora, salió a dar una vuelta, se encontró con un par de amigos con quienes comentó rumores académicos y consideró la evolución de un sistema frontal frío, volvió a su casa, hizo como que leía otro rato, miró las noticias de las ocho y media, se comió un sandwich de jamón/queso, se tomó dos cervezas, se tendió a mirar la velada boxeril del canal cinco, se tomó otras dos cervezas entre round y round, se olvidó del sobre azul que velaba en el escritorio y sólo cuando le dio la gana, después de las últimas peleas, después de otra cerveza, lo agarró pero no lo abrió sino que, en un acto desafiante que de puro gratuito había pasado a ser deportivo o infantil, lo volvió a dejar sobre el escritorio y se durmió hasta las ocho del día siguiente, para despertar al cielo azul y a la tibieza del sábado de diciembre con ocho horas de buen sueño, el orgullo de una pequeña victoria sobre sí mismo y un merecido buen humor. Rojitas pudo mirar el sobre azul como a una inofensiva flor de plástico y de mal gusto, ignorarlo en la ducha, ignorarlo en el desayuno, casi ignorarlo frente a la Nana, ignorarlo a la distancia mientras se compraba una chaqueta azul para asegurar su condición de chileno de clase media para arriba. Y ahora sólido, flamante en su chaqueta azul, algo rígido en los pantalones gris perla sin una sola mancha, almorzando como todos los sábados en casa de los Lazcano, el sobre azul parecía tan lejano que podía ser de otra persona, quizás podía ser del mismo decano, quien sin duda sabía de la existencia del so-

bre azul, pero lamentablemente no sabía de la tranquilidad de Rojitas. ¿Sabría Pepe Lazcano del sobre azul? O peor aún, ¿habría recibido Pepe Lazcano su sobre azul? No y no. Un amigo no se hace el ignorante si sabe que un amigo ha sido notificado de que se le despide de su trabajo; un padre de familia no ignora un sobre azul para presidir patriarcalmente el almuerzo ritual del sábado. Pepe Lazcano no sabía del sobre azul. Pepe Lazcano iba a seguir haciendo calladamente clases de ética, escribiendo artículos sobre ética que Rojitas seguiría fingiendo (¿éticamente?) leer; Pepe Lazcano casi casi vivía la ética, Pepe Lazcano no sabía del sobre azul, Pepe Lazcano no iba a ver su almuerzo sabatino alterado por un sobre azul y encima ajeno. Rojitas se tomó el coñac sabatino en estoica paz. Casi en paz. El sobre azul sin duda estaba sobre el escritorio, de haber estado en otro lugar la Nana lo habría olido, lo habría sacudido sin que le temblara la mano. Pero por ahora la Nana no sabía nada y ella era quizás la única persona en el mundo que tenía pleno derecho a saber de ese sobre azul, quizás a ella le correspondía abrirlo, pues a ella la situación la iba a afectar tanto como a Rojitas. Más. Ella no estaba para sobres azules. La Nana era la única nana en Chile que había aprendido a hacer partir el auto del niño en las mañanas de invierno para que el motor estuviera calientito cuando el niño saliera, no se fuera a resfriar. La Nana había aprendido incluso a medir el nivel de aceite y a detectar ruidos raros, zapateos de válvulas o mala carburación, la Nana llevaba el control de los cambios de aceite y hacía la rotación de neumáticos; de haber sido hombre, la Nana con toda seguridad habría sido mecánico, pero como había nacido mujer y pobre fue nana, aprendió a cuidar hijos ajenos y a mantener autos ajenos. Rojitas nunca supo si había conocido el amor, pero sí supo que había canalizado su pudor en negarse a que él le enseñara a manejar, incluso se enfurecía cuando Rojitas se lo insinuaba. Y la Nana no sabía nada del sobre y ahora sí que Rojitas sentía un vago resentimiento hacia la mano gris que lo había firmado. Ahora hubiera ayudado hablarle a Pepe Lazcano del sobre azul, pero el buen coñac, la paz del sábado, la pelada rubicunda de Lazcano, imponían su lógica, adormeciendo hasta las ganas de plantear el tema...

En la portería obviamente no sabían nada: las miradas de asombro se circunscribían obviamente a su elegancia, las pituitarias sólo se esponjaban ante sus efluvios de agua velva, sus colegas obviamente no sabían nada, los mismos comentarios, las mismas mansas caras ante una jornada calurosa y sin estudiantes, el director no sabía nada, la misma complacencia, la misma elaboración de interminables informes iguales, el decano no sabía nada, la misma impasibilidad algo boba, los mismos gastados comentarios que insistían en sonar sesudamente académicos, nadie sabía nada, el café tenía el mismo gusto tibio, la silla del escritorio tenía la misma pata coja, las teorías de Jakobson tenían el mismo aire de sencillez, sólo la soledad de los pasillos tenía un dejo triste, un airecillo maloliente de amenaza. El camino de vuelta a casa no era el mismo. El pavimento roto, las acacias en flor, el luminoso cielo azul, el aire ti-

bio, iban adquiriendo de pronto un aura cada vez más noble, se hacían de pronto minuciosamente, insospechadamente, amados. La mano que por fin rasgó el sobre blanco que estuvo tres días enfriándose en un escritorio de pino no era una mano segura, una mano sólida, los ojos que recorrían la comunicación del señor Rector al señor profesor Juan Pablo Rojas Cruchaga informándole que la Universidad había decidido prescindir de sus servicios a contar del primero de marzo sin perjuicio de las indemnizaciones legales a que hubiera lugar, eran unos ojos vencidos. Y luego la noche en vela, la valiente decisión de irrumpir en la oficina de algún funcionario blandiendo el sobre como una amenaza, las confusas teorías sobre una nueva vida de prosperidad en el comercio, el consuelo de la amistad y del amor, la fugacidad de las cosas humanas, el trivial amanecer, el día entero por delante sin pena ni gloria, la frase dicha como al pasar.

- Me echaron, Pedro.

El profesor Cotterau ganó tiempo hurgándose absurdamente una legaña y preguntó que de dónde.

- De la Universidad, Pedro, me echaron de la Universidad, me dieron el sobre azul, ya no soy profesor de teoría literaria.

Cotterau realmente no lo sabía, pero no lograba entrar en el ritmo del asunto, y entonces preguntó que por qué.

- No sé, Pedro.

Cotterau dijo lo más absurdo que podía haber dicho, dijo *'yo tampoco'*, pero después compuso su idiotez con unas cuantas incoherencias que Rojitas agradeció conmovido. El profesor Cotterau era profesor de literatura española -literatura peninsular, decía hablando con extraños- y escribía año a año artículos eruditos que no leía nadie, pero que todos respetaban porque era erudición de primera mano y no contenía insultos ni veladas alusiones ni veladas intenciones. Rojitas estimaba a Cotterau como lo más asentado de la Facultad. Por eso Cotterau fue el primero en saber del sobre azul.

De HISTORIA DE LA LITERATURA Y OTROS CUENTOS
Concepción 1982, 46 pp.

LAS DAMAS DE NEGRO

Parece increíble que una institución benéfica pueda despertar la suspicacia, la ira y la hostilidad de otras instituciones benéficas. Es doloroso comprobar que en la beneficencia -en sectores de la beneficencia- pueda haber cabida para el rencor. Es doloroso tener que decir estas cosas que podrían, a su vez, generar nuevas iras, nuevas hostilidades. Aun así, yo me he improvisado escritor para decir la verdad y no para recibir elogios (que a estas alturas de mi vida de poco sirven). Comencé a escribir mi desazón en mi lecho de... no sé qué (el doctor Pohl insistía en que yo no estaba enfermo, que el fémur quebrado, que la tibia quebrada, que la clavícula quebrada, que la pelvis fracturada, que nueve dientes idos para siempre, que el hígado machucado no me convertían en enfermo sino en contuso), comencé a escribir en mi lecho de contuso que se sentía enfermo, pero necesitado de un pequeño acto aislado de dignidad. En mi lecho de contuso y en mi lecho de pobre agradecí con lágrimas la bondad de las Damas de Naranja; mi fémur quebrado, mi tibia quebrada, mi clavícula quebrada, mi pelvis fracturada, mis nueve dientes idos para siempre, mi hígado machucado, mis ocho puntos en la cara me han dolido un poco menos con el pijama limpio, con el octavo de Barzelatto, con la charla reconfortante de mi Angel de naranja. Y es triste escribir que de esa misma alegría pudiera nacer el desconcierto: ¿por qué esa ira sorda contra voluntarias tan abnegadas como las Damas de Negro? ¿Por qué esa tensa lividez ante la sola mención de doña Lucía Fernández de Mococain? Yo, que he cargado la cruz de mi salud precaria por tantos años y que he pasado la mayor parte de mi triste vida en centros hospitalarios, no lo entiendo. Si los accidentados del traumatológico tienen sus Damas de Naranja para mitigar quebraduras físicas y morales, ¿por qué negarse a aceptar que quienes fallecen pobres y abandonados en cualquier Centro reciban un último reconocimiento a su condición humana en forma de oportuna y digna sepultura? Yo quiero entender. ¿Es que la entrega a los demás debe detenerse en el momento decisivo? Yo he sufrido mucho. Ya no juzgo. Sólo quiero entender. ¿Qué habría sido de mí cuando la lucidez me dejó? No necesito retórica para decirlo: yo estuve loco y de entonces recuerdo sólo dos cosas: las paredes carcomidas del hospital siquiátrico y la silueta balsámica de las Damas de Sepia rompiendo con su bondad las fronteras de la cordura para llevar solaz a los dolientes internados. ¡Cómo presentía yo entonces oyendo esa voz equilibrada invadiéndome la tibieza, la seguridad de recuperar la lucidez al final del laberinto en que me hallaba! ¡Cuántas personas seguirían sumidas en el infierno de la enajenación si no fuera por la paciencia activa de las Damas de Sepia! (Aun los locos irrecupera-

bles y los pobres tontos han sentido el beneficio de su capacidad de dedicación, aunque por cierto no lo sabrán jamás). Y lo triste es que a pesar de la entrega desinteresada de las Damas de Sepia a los internados del siquiátrico, con ellas y por ellas nuevamente viví el desconcierto. ¿Por qué el odio? ¿Por qué la agresividad irrefrenada? Recuerdo: en medio del oasis de paz que las Damas de Sepia llevaban a mi locura fugaz, la gota martirizante de veneno. ¿Por qué el afán de presentarme a la señora Luisa como un monstruo? Y aunque hubiera sido verdad por último, ¿cuál era la relevancia de los amoríos con el doctor Valladares? ¿No merecían los pobres tontos, los solitarios locos que se iban muriendo, digna y oportuna sepultura? ¿O el amor y la caridad se oponen? ¿O deben ambos encauzarse por donde quieren los demás? ¿Qué más cristiano que hacer el bien callados y precisamente a quienes jamás podrían agradecérnoslo? Un día no me aguanté y, en cierto modo aprovechando mi condición de irresponsable, le pregunté derechamente al doctor Valladares: ¿usted es amante de la señora Luisa? El doctor Valladares me miró con profunda tristeza y sé que captó la turbación de mi alma y la rectitud de mi intención. Me contestó derechamente: *"no es verdad, son cosas de esas viejas desgraciadas"*. Por primera vez me dio la mano al despedirse. Mi tratamiento lo continuó el doctor Erazo. La muerte del doctor Valladares, coincidimos, fue un elemento vital en la recuperación de mi juicio: al hacerme partícipe de su propia turbación el doctor Valladares me empujó al mundo de la llamada cordura. La gran tarea del doctor Erazo fue prepararme para la vida llamada cuerda con realismo. Haber estado en el siquiátrico, haber estado loco, es una mancha vergonzosa hasta la tercera generación. Es peor que la mancha de las enfermedades mal llamadas venéreas, que vienen y se van o simplemente nos liquidan silenciosamente. Yo lo sé por experiencia propia. Ya dije que he sufrido. Y sé que se sufre más el tedio que la vergüenza de la enfermedad mal llamada venérea. Y digo agradecido que pude sobrellevar los miles de curaciones, los miles de inyecciones, los miles de miradas acusadoras de médicos y enfermeras gracias a la abnegación de las Damas de Granate. Ni una reprimenda, ni un consejo no solicitado. Sólo abnegación y apoyo, sin miedo al contagio. En largas horas de convalescencia solitaria aprendí a respetar y a querer a las heroínas del voluntariado capaces de arriesgar su propia estabilidad familiar en bien de los despreciados, de los sucios heridos de males mal llamados venéreos. ¿Y cómo entender, entonces, que en estas dulces Damas de Granate anidara el rencor? ¿Por qué dejar caer como un cuchillo, al ver pasar a una Dama de Negro, la frase mordaz: ya llegará uno de esos vampiros a podrirse entre nosotras? Yo, que tantas veces había sido testigo de la bondad desinteresada de las Damas de Negro y de la bondad desinteresada de las Damas de Granate, sufría con estas cosas. Yo había visto sonreír por los pasillos a las Damas de Granate y había visto sonreír por los pasillos a las Damas de Negro. Yo pienso en el voluntariado como una madre solícita de brazos multicolores que sólo hacen el bien. Yo he sufrido muchos males; mi débil cuerpo, mi precaria estabilidad mental, han recibido sólo bondad de las Da-

mas todas. Yo no puedo creer en la necrofilia de las Damas de Negro, ni en la lujuria de las Damas de Granate, ni en la codicia de las Damas de Sepia, ni en el fanatismo de las Damas de Naranja. Yo he podido recuperarme de quebraduras de huesos y de razón,de pudriciones de cuerpo y de alma. He dejado los mejores -o los peores; en todo caso los más- días de mi vida en sanatorios. Esta misteriosa enfermedad que hoy me postra es menos tenebrosa gracias a la solicitud de las Damas de Indigo, ángeles de los dolientes sin diagnóstico. En este estado ya no quiero escuchar, quiero ignorar que la bondad vestida de índigo pueda tener un lado feroz. Yo estoy más allá de la desesperación y de la esperanza. Sumido en mi mal incomprensible, yo recibo simplemente con alegría la charla reconfortante de mi Dama de Indigo y recibo también con alegría la visita silenciosa de mi Dama de Negro.

ESTRUCTURAS FUNDAMENTALES DE PARENTESCO

A lo mejor ahora que la cosa económica se ha puesto cuesta arriba podría parecer extemporáneo que uno se ponga a hablar así, pero no es porque yo lo diga, el hecho es que mi familia es una familia decente. Mi papá era empleado público, su papá era un conocido dentista, mi otro abuelito era arquitecto, construyó el edificio de la Embajada de inglaterra; el tío Víctor fue Intendente y administrador de la Compañía de Teléfonos, el tío Manuel es industrial. Por el otro lado, el tío Juan Ramón fue sacerdote, canónico, monseñor; el tío Javier era médico, atendió en sus últimos días a Monseñor Caro; el tío Alejandro también era arquitecto, el tío Enrique fue director del Club Hípico y filatélico, el tío Pedro conservó el fundo y muchos parientes pasábamos ahí las vacaciones. Los maridos de las tías también han sido decentes. El tío Pedro era industrial del rubro metalúrgico, el tío Jorge era ingeniero: trazó la línea de ferrocarril de Los Angeles y el nuevo camino Angol-Purén; el otro tío Enrique era comerciante mayorista, el tío Vicente era médico ginecólogo-obstetra y recibió a muchos de nosotros y además escribió un libro. Los primos son casi todos profesionales y los que no son profesionales en general están bien. Javier es bancario, Carlos administra un supermercado, Daniel es visitador médico, Pedro y Julio están en el negocio automotriz, Lucho es ingeniero comercial. Las primas, en general, están bien casadas, casi todas son Profesionales o con comerciantes establecidos (el marido de la Mariana es árabe, pero es decentísimo, es abogado). El marido de la Luz María es marino, el marido de la Teté tiene varios taxis. Además, la Eliana es médico, la María Isabel es profesora de Inglés y su marido es bancario, es agente de banco. Los sobrinos estudian en buenos colegios y algunos ya están en la Universidad. Juan Ricardo está en el Seminario y Pablo estudia en Estados Unidos. Yo soy profesor, pero tengo un buen trabajo en un buen Instituto y también soy escritor. ¿Es necesario decir que en la familia no ha habido ni delincuentes ni homosexuales ni

alienados? A riesgo de concitar el enojo de algún primo o de alguna tía,puedo afirmar que la familia ha sido tan sólida, tan de una línea, que se le podría llamar una familia aburrida. (Quizás ese sea el precio de la decencia). Claro, no siempre, siempre. Ahora que el tío Sebastián está realmente muerto se puede contar esta historia. Alguien tiene que contar esta historia. La familia comprenderá que es preferible que la cuente yo, que soy de la familia, y no un extraño que podría malinterpretar hechos, prejuzgar intenciones y hasta inventar cosas que nos perjudicarían a todos por igual. Que quede en claro desde el comienzo que el tío Sebastián era un hombre decente. Fue un hombre de bien, fue funcionario del Ministerio de Hacienda. Era un filósofo, un hombre de mundo, elegante, simpático, culto, inteligente. Era, es cierto, algo excéntrico. Yo diría que nunca fue indigno de la familia, que nunca manchó el apellido. Era un hombre honesto que quiso vivir de acuerdo con aquello que consideraba la Verdad, enemigo de todo terrorismo. Era un hombre tolerante, ajeno al escándalo y opuesto a la murmuración. Amaba a la tía Flor y a sus hijos; amaba, a su modo, a la familia. Yo busco sus defectos y no los hallo. Era un místico; a veces se retiraba a sus habitaciones a meditar y ahí se quedaba varios días; otras veces ejercitaba su espíritu sometiéndose a la dura disciplina de un mes de ayuno y abstinencia; otras veces peregrinaba, se iba al Desierto, se iba a una isla del Sur, se iba por los caminos. A la tía Deidamia le parecía mal, le parecía pésimo, los primos se entristecían, la tía Flor no decía nada, la tía Flor comprendía. Yo era muy chico, pero me llegaban los comentarios y eso que todo ocurría sin estridencias, con la naturalidad que sabía darle la clase del tío, la parsimonia amable de la tía Flor el tacto de las otras tías, la sabia prudencia de la familia en general. Lo que complicó las cosas fue que un día el tío Sebastián fue y decidió que se había muerto; así, tal cual, el tío Sebastián decidió que había llegado su hora, que había dejado de existir, que había fallecido. Ahí yo ya estaba más grande y recuerdo que, antes de que se pudiera producir pánico en la familia la tía Sidonia nos fue visitando a todos para hacernos ver que se trataba de una rareza más, que no nos alarmáramos, que lo mejor era no darse por aludidos y que en todo caso no había que comentarlo, pero a la tía Flor y a los primos se notaba que la situación los hacía sentirse incómodos, no sabían cómo tomarla, y eso que el tío Sebastián no interfería para nada con sus vidas, a lo más les decía *'siga, sigan, yo me morí, la vida continúa, si quieren me entierran'*. Ellos, al principio, le argumentaban que no podía ser, que cómo iban a enterrarlo, que se convenciera, como si hubiera argumentos contra la muerte; el tío Sebastián nada, desde su lecho de muerte les sonreía con beatitud, no los molestaba, no los vigilaba, él estaba, él quería estar muerto. Todo pasa, nada dura; la vida, efectivamente, seguía, los primos estudiaban, salían, comenzaban sus escarceos sentimentales, procuraban no llevar amigos a la casa, aunque los más íntimos ya sabían y se acostumbraron; la tía Flor trabajaba, hacía tortas en la casa, las repartía, visitaba a la familia, el tío Sebastián se emocionaba viendo lo bien que la tía Flor llevaba su viudez; *'eres joven, eres linda'*, le decía, *'¿por qué no*

te casas de nuevo?' y la tía no decía nada, no quería complicar las cosas. Pero un día el tío Sebastián se aburrió de su muerte anónima, se aburrió de su aburrida muerte y fue y se levantó y puso una necrología en El Mercurio y encima la firma 'La Familia' y volvió a su lecho de muerte y ahí sí que empeoró las cosas porque sacó su muerte del seno discreto de la familia y de los íntimos y puso a la familia en otras bocas, trajo murmuración, acaso escarnio, trajo los invisibles, los sucios anónimos, sin duda trajo tensiones al seno de la familia. Algunos parientes reaccionaron mal. La tía Sidonia y la tía Deidamia reaccionaron con violencia, el tío Javier se sintió ofendido como cosa personal, el tío Juan Ramón se sintió pasado a llevar, la mayoría no quiso saber nada del asunto, mi papá aseveró que no tenía más importancia que aquella que nosotros quisiéramos darle, los primos más jóvenes, algunos, tomaron el asunto para la chacota y empezaron a mandar coronas de flores y coronas de Caridad a las tías; Pedro y Nacho se compraron corbatas negras y se cosieron cintitas negras en la solapa, como los rotos; Nacho estudiaba Medicina y escribió un diagnóstico y Máximo escribió una necrología elogiosa en la revista del colegio, con nombre y todo, lo cual exacerbó la violencia de las tías, que convocaron el cónclave más tenso de que se tenga recuerdo en la familia y para hacer las cosas más drásticas convocaron el cónclave en la propia casa del tío Sebastián y obligaron al tío a estar presente y el tío no se resistió y hasta quiso estar presente, pero en un flamante ataúd, lo que le habría dado solemnidad al cónclave si no hubiera sido por el elemento absurdo que indudablemente
contenía. Las tías habían comisionado a la tía Mariíta para que hablara conmigo. Las tías sabían de mi especial afecto por la tía Mariíta y le habían encargado que me dijera que, como yo mal que mal era profesor de castellano, le hiciera ver al tío Sebastián que estaba comprometiendo de modo irresponsable a toda la familia. Yo noté la incomodidad de la tía Mariíta, yo le noté que venía mandada en lo nerviosa y en que hablaba como de memoria; detrás de sus frases estaba el estilo inconfundible de la tía Deidamia, estaba la soberbia de la Tía Inés; la tía Mariíta jamás me habría dicho *'tú que mal eres profesor de castellano'* porque para ella ser profesor de castellano era algo importante y sabía que yo me destacaba en mi profesión; la cosa es que me negué a hablar con el tío Sebastián en estos términos, simplemente me negué. Después las tías mandaron a la tía Mariíta a pedirme que por lo menos yo hiciera la introducción al cónclave, pero yo también me negué. Le dije con firmeza que asistiría a la reunión, pero callado como todos. Después noté el desagrado de la tía Sidonia en que casi ni me saludó y noté el desagrado de la tía Deidamia en que abrió el cónclave haciendo ver que, como los que se suponía que tenían facilidad de palabra en la familia no se atrevían o no tenían la decencia de cumplir con su deber y hablar, ella daba por iniciada la reunión y habló, habló de la familia, de su posición, de la moral, del orden, de la decencia, en una palabra, del honor, e iba mirándonos a todos menos al tío Sebastián, que sonreía tan quieto y tan contento que realmente parecía muerto. Pero

de pronto la tía Deidamia endureció la voz y cedió la palabra a la tía Sidonia, que primero nos miró a todos en silencio, uno por uno, y luego miró largamente al tío Sebastián y le dijo *'tú eres la causa de que estemos reunidos de este modo'*, con una frialdad que yo diría que nos asustó a todos, y luego hizo otra larga pausa y volvió a mirar al tío Sebastián y le dijo *'sabemos lo que pasa, lo que pasa es que tú no estás muerto, lo que pasa es que tú estás loco, y en la familia no necesitamos locos, eso es todo'*. El tío Sebastián no dijo absolutamente nada. No dejó de sonreír beatificamente. Fuimos nosotros los que nos sentimos mal; nos sentimos, creo yo, inexplicablemente humillados; yo por lo menos hubiera querido decir algo si hubiera hallado qué decir. Y así nos fuimos yendo, con la certeza de que la familia se había trizado.

La tía Sidonia había descubierto grietas profundas que nos separaban. Ahora había que estar entre los que renunciaban al parentesco del tío Sebastián o entre los que lo seguían aceptando su muerte, por absurda que fuera. Yo sentí un gran afecto por el tío Sebastián, yo era el único pariente a quien él le había leído sus poemas y él era el único pariente a quien yo le había leído los poemas míos, pero ahora me veía conminado a pensar; las tías, los tíos, los primos, no tenían malas intenciones, ellos querían proteger a la familia; uno mismo tenía sus relaciones que le preguntaban *'bueno, pero ese tío de ustedes cómo es la cosa, se murió o no se murió'*, y no era llegar a decir 'sí, se murió', porque ahí le podían preguntar *'bueno, y el funeral y la herencia, y todo eso'* y tampoco era cosa de decir 'no, no se ha muerto', primero, en mi caso, por respeto al tío Sebastián, y segundo, porque ahí preguntarían *'y si no se ha muerto por qué esas caras largas, por qué esas puertas entrecerradas'* y uno ahí sin saber qué hacer, y luego estaba la presión, la constante vigilancia de las tías, las frases directas *'o estás con la familia o estás en contra de la familia'* o las frases indirectas *'parece que se te perdió algo cerca de la casa del señor ese'*. Uno tenía que pensar. Yo sabía que la gente hablaba, yo tenía que poner un cuidado extremo al tratar a los familiares de mi señora, conocidos por su tendencia a exagerar las cosas, a hacer gran cuestión de hechos sin importancia que ocurren en todas las familias. Yo quería seguir visitando a la tía Flor, que velaba, si se puede decir, con cariño inalterable al tío Sebastián; yo no veía por qué tenía que ocultarme para visitar a mi prima Mariana, con quien nos queríamos desde niños, pero también tenía que pensar en los demás, en las tías, en los primos, en los hermanos, en los hijos. Empezaba a rondar los oídos de la familia la maldad *'si el tío ese no se ha muerto, algo tendrá que lo ocultan'*, la maldad llegaba de todos lados, llegaba envuelta en vergonzantes fugas al extranjero, llegaba insinuando estafas, amantes corruptas, llegaba disfrazada de sífilis, de párkinson, de lepra, la maldad se vestía de sonrisas picarescas, la maldad llegaba comentando abiertamente que esas preregrinaciones misteriosas no podían haber terminado bien, hasta que la tía Deidamia tuvo que ponerse firme y nos mandó la última circular, *'el que insista en visitar a ese señor que no siga llamándose pariente'*. La familia ya estaba mal herida. En los matrimonios, en los entierros propiamente

tales, en las inauguraciones, en los desfiles de modas, se notaban ausencias, se notaban grupos, se notaban saludos pronunciados con desgano, se notaban espaldas ostensibles. Algunas tías empezaron a ponerse en la Vida Social con el apellido de los maridos. La tía Sidonia supo que yo seguía visitando a la tía Flor y cuando se murió propiamente tal supe que había instruido a la tía Deidamia para que no me dejara entrar al funeral; yo también supe que la tía Deidamia había andado tanteando a mi suegra para saber cómo andaba mi matrimonio, porque yo escribía esas cosas que no entendía nadie; supe que mi suegra había andado insinuando que yo iba a terminar como el tío Sebastián, supe cómo se van alejando los amigos que uno creía fieles, me dolió ver que la presidenta del Centro de Padres del Colegio de los niños se refería a mis propios hijos como *'los niños de la Cecilia'* o como *'los sobrinitos de la Deidamia'*, claro, ella estaba medio emparentada con la familia y quería cubrirse las espaldas. Éramos, sin duda, una familia herida, si es que podíamos llamarnos ya familia. Yo hubiera querido, sin embargo, seguir visitando a la tía Flor, seguir acompañándola en su pertinaz velorio del tío Sebastián, yo quería, por qué no confesarlo, seguir acompañando al sonriente, al inmóvil, al fallecido tío Sebastián. Yo hubiera querido que el honor de la familia no
hubiera estado en situación de riesgo. Y lo peor del caso es que no se vislumbraba salida a tan triste situación. Hasta que un día la Marisa, sin duda comisionada por la tía Deidamia, irrumpió triunfal en la casa para gritarnos, sin aliento, *'por fin se murió de verdad el señor ese'*. Yo me quedé ahí mismo, mudo. La Marisa, otras primas, otras tías, otros tíos, continuaron recorriendo la familia con la noticia, con detalles de la repentina indigestión, ellos querían, yo quiero creerlo, ellos querían reunificar a la familia. La tía Deidamia, ya en obvia cercanía a su propia muerte propiamente tal, había esperado para poner fin a tan larga, lamentable historia, con un broche de oro, con el más lucido funeral para el nuevamente hermano, primo, tío, papá, abuelo Sebastián. Ahora se podía mirar a las relaciones, a todas las familias del país, nuevamente, con dignidad. Ahí había un muerto indudable, un muerto visible. Yo me sentía, en cierto modo, tranquilizado, acompañando a la tía Flor, rodeada del afecto recobrado de la familia. La tía Deidamia presidía el festejo fúnebre. La tía Deidamia decidió *'hay que partir al cementerio, vamos, Flor'*, ofreciéndole el brazo, y la tía Flor, agrandada, la miró de frente pero sin rencor, *'a qué, yo no tengo nada que hacer en el cementerio, Sebastián murió hace quince años'*, y luego ya con más dureza *'y nadie se muere dos veces, aunque quieras, bruja'*, y uno hubiera querido no ponerse a caminar detrás de la tía Deidamia, yo hubiera querido poder quedarme a compartir la dignidad de la tía Flor.

PUBLICACIONES

Obras de creación literaria

1982	*Historia de la literatura y otros cuentos.* Concepción, Impresos Andalién.
1985	*Cátedras paralelas*. Novela. Concepción, Editorial LAR.
1987	*La nueva provincia.* Novela. México, Editorial Fondo de Cultura Económica.
1989	*Obituario*. Narraciones breves. Santiago y México, Editorial Fondo de Cultura Económica.

Trabajos insertos en otras publicaciones

'El hombre que fabricó un río', cuento, en F. Sepúlveda y M. Pereira, editores, *Cuentos Chilenos*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1983.

'Deposición', cuento en Angel Flores, editor, *Narrativa hispanoamericana* V. México, Editorial Siglo XXI, 1983.

'A Chillán se vuelve' e *'Historia de la literatura'*, cuentos, en *Atenea* Nº 449. 1984

Obituarios, en *LAR, Revista de literatura*, Concepción y Madrid, 1985.

Obituarios, en *Extremos, revista de poesía.* Concepción y Stony Brook, 3-4, 1987.

El cuento *'Estructuras elementales de parentesco'* ganó el primer premio en el concurso literario de la Universidad del Norte en 1984.

Prólogos de libros

1988	*Bernice Rubens en las soledades de Chile*, prólogo a Bernice Rubens: *Querido Desconocido* (novela). Concepción, Ediciones SUR.
1988	*Las cuentas de José Dedes*, prólogo a José Dedes: *Bajo la piel* (cuentos). Concepción, Ediciones SUR.
1988	*Mauricio Ostria en la flor de la edad*, prólogo a Mauricio Ostria: *Escritos de varia lección. Ocho ensayos.* Concepción, Ediciones SUR.
1989	*Juan Mihovilovich*, prólogo a J. Mihovilovich: El ventanal de la desolación (cuentos). Linares.

PUBLICACIONES CIENTÍFICAS

ARTICULOS

1968 "Vicente Huidobro y las novelas de poetas", en *Aisthesis (Revista de investigaciones estéticas)* Nº 2, pp. 95-112.

1968 "Jorge Luis Borges, escritor sudamericano", en *Anales de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Católica de Chile*, pp. 240 - 251.

1969 "La categoría gramatical de persona en español," en *Anales de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Católica de Chile*, pp. 137-167.

1971 "Sobre Antonio Catinelli, *Estructuralismo y gramática*," en *Boletín de Filología de la Universidad de Chile.* V. XXIII, pp. 343 - 347.

1971 "Con Carlos Droguett", en *Aisthesis (Revista de investigaciones estéticas)* Nº 4, pp. 139-142.

1972 "Jorge Díaz: *una entrevista*", en *Aisthesis (Revista de investigaciones estéticas)* Nº 7, pp. 195-208.

1972 "Literatura en el liceo: un aspecto de la historia del liceo chileno", en *Aisthesis (Revista de investigaciones estéticas)* Nº 7, pp. 209-224.

1976 "Morphosyntactic information in phonological analysis: input from Spanish", ponencia leída en el *Colloquium on Hispanic and Luso-Brazilian Linguistics held in conjonction with the LSA Summer Institute*, Oswego (Nueva York, USA), Julio de 1976.

1978 "What's a bilingual", en *Buffalo Papers in Linguistics* Nº 1, pp. 1-22.

1978 "Language attitudes in a bilingual situation", ponencia leída en *Seventh Annual Colloquium on Urban Dialects,* Milwaukee (Wisconsin, USA), marzo de 1978.

1978 "Hacia una teoría del idioma estándar", en *RLA, Revista de lingüística teórica y aplicada* Nº 16, pp. 85-119.

1979 "Acerca de la disociación de las categorías de número y persona en el verbo", en *Estudios Filológicos* Nº 14, pp. 77-85.

1979 "Variación alomórfica en los diminutivos", en *Actas del I Seminario de Investigación y enseñanza de la lingüística,* Sociedad Chilena de Lingüística y Universidad Técnica del Estado, Santiago, pp. 86-98

1979 "Visión del léxico en la 'Oda al diccionario' de Pablo Neruda", en *RLA, Revista de lingüística teórica y aplicada* Nº 17, pp. 77-89.

1980 "Dictionaries and the standardization process", en Ladislav Zgusta, ed., *Theory and method in lexicography.* Columbus (Carolina del Sur, USA), Hornbeam Press. Pp. 86-97.

1981 "Gramática de los nombres de colores", en *RLA, Revista de Lingüística teórica y aplicada* Nº 19, pp. 25-43.

1982 "Andrés Bello y la conciencia del idioma", en *Atenea* Nº 445, pp. 123-136.

1983 "Fundamentos para una planificación lingüística", en *Fundamentos lingüísticos para una política idiomática en la comunidad hispanoablante,* Seminario internacional celebrado en conmemoración del bicentenario del nacimiento de don Andrés Bello. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, pp. 29-42.

1983 "Planificación lingüística y ejemplaridad literaria. Gabriela Mistral y la cultura del idioma", en *RLA, Revista de lingüística teórica y aplicada* Nº 21, pp. 107-115.

1984 "La situación mapuche, problema de planificación lingüística", en *CUHSO Cultura, hombre, sociedad* (Temuco, Universidad Católica de Chile) Vol. 1, Nº 1, pp. 151-188.

1985 "Del plural del nombre", en *Estudios Filológicos* Nº 20, pp. 37-47.

1985 "Las gramáticas como apropiación de la lengua", en *RLA, Revista de lingüística teórica y aplicada* Nº 23, pp. 65-2.

1986 "Alfabetismo en la oralidad. El escritor medieval y la cultura del idioma", en *Acta literaria* Nº 10-11 (1985-1986), pp. 133-143.

1986 "Semiótica in Chile" (en colaboración con Jorge Sánchez), en T. S. Sebeok y J. U. Sebeok, eds. *The semiotic sphere.* Nueva York, Plenum Press. Pp. 99-114.

1986 "Fray Félix de Augusta y el Diccionario Araucano", en *CUHSO Cultura, hombre, sociedad* Vol 3, Nº 1, pp. 173-191

1986 "Las lenguas vernáculas de Chile en la perspectiva de una planificación lingüística", en *Lenguas modernas* (Universidad de Chile) Nº 13, pp. 7-16.

1988 "El desarrollo de la escritura en lenguas vernáculas de Chile", en Sociedad Chilena de Lingüística, ed., *Alfabeto mapuche unificado,* Temuco, Universidad Católica de Chile, pp. 32-60

1988 "Un aspecto del desarrollo de la identidad lingüística chilena: José

Victorino Lastarria y el Movimiento Literario de 1842", en *RLA. Revista de lingüística teórica y aplicada* Nº 26, pp. 29-40.

1988. *"Azul...*, manifiesto lingüístico", en *Acta literaria* Nº 13, pp. 23-37.

1990 "Native literacy in Mapudungu: a road to heaven or a bridge to nowhere?", en *Buffalo Working Papers in Linguistic* 90.01, Special Issue for Paul Garvin (State University of New York at Buffalo), pp. 53-64.

Libros

1984 *The standardization of American English.* Concepción, Editorial de la Universidad de Concepción, Serie Lingüística Nº 4, (De este libro se han publicado reseñas, positivas todas, en las siguientes revistas internacionales:

Language, vol. 62, Nº 3, pp. 713-715 (W. Nelson Francis)

Bulletin de la Direction de la Terminologie. Quebec, Office de la Langue Française Nº 33-34, 1985 (J. Maurisis).

Lenguas Modernas Nº 12, 1985, pp. 182-184 (S. Latorre)